

CONSIDERACIONES SOBRE UN LIBRO DE STARKIE

[In memoriam de su autor en el décimo aniversario de su muerte]

ESTAMOS en presencia del libro de un buen amigo: *Trotamundos y gitanos* (1) por Walter Starkie, irlandés de nacimiento y universal por sus andanzas y su saber. Coincidiendo con la inauguración de la Feria del Libro, el editor Aguilar, navegante intrépido por los océanos de las iniciativas culturales, ha puesto a la venta la traducción al castellano de unas deliciosas narraciones de este espíritu filial y afectuoso. De nuevo hemos de escribir algo en torno a su figura literaria y a su reciente libro, interesante desde diversos puntos de vista. ¡Lírico libro de aventuras! Apacible y risueño, como los prados gallegos o un paisaje murciano de atardecer otoñal. Tan bello como un poema arábigo y lunático como el más inspirado cuento de Lord Dunsany. Salir de Italia, atravesar Hungría y Rumania y llegar hasta los confines de la Europa Oriental, limítrofes a Odessa, es digno del más grandilocuente y ampuloso de todos los juglares modernos: juglar y caballero andante: misionero de gestas heroicas: esto es Walter Starkie, el hispanista apasionado, amigo de Murcia y rendido gustador de nuestro folklore.

El libro en cuestión rebosa gracia y optimismo. Es ágil, conciso, cinematográfico. Dentro de la efímera dimensión de dos capítulos, en un perfecto

(1) WALTER STARKIE: *Trotamundos y gitanos* (*Aventuras de un juglar en Hungría y Rumanía*). Traducción del inglés, por María Alfaro. Prólogo de Julio Gómez de la Serna. M. Aguilar.—Editor. Madrid, 1944.



alarde de sutiles observaciones, nos lleva el autor a Bucarest, paraíso soñado, mezcla de civilización y esotérico orientalismo que ni la maestra inteligencia de Paul Morand mejoró en su libro sobre este pueblo lleno de sabiduría y de vicio, de virtud y de ejemplos magníficos al estilo de las viejas ciudades griegas.

Nada escapa a la sagacidad del escritor. Ve, observa y divaga como nadie. El viaje es una ininterrumpida explosión romántica, con tanto fervor y aca-lorada elocuencia como los de Benjamín Disraeli y Lord Byron. Sobre las suelas de sus botas y apretujado en los sucios vagones de tercera clase reco-rre todos los caminos y se empapa de evocaciones quiméricas. A veces nos creemos deslizados por la mitad del siglo XIX. Y es que el profesor Starkie gusta del romanticismo y de la bondad. Cordial y enamorado de las aventu-ras callejeras, se aficionó a las amistades con gitanos y supo aprender a sua-vizar su alma con las enseñanzas populares.

De las páginas de "Trotamundos y gitanos" brotan fantásticamente le-yendas magiars de una ternura singular. Hay brujas hechiceras, gitanas arru-gadas, violinistas húngaros, compositores músicos, jefes de tribus, mujeres pe-ligrosas, profesores, bodas y fiestas típicas, y todo ello envuelto en bebidas diabólicas, como la *tuica*, capaz de abrasar las más habituadas gargantas al enfurecido alcohol.

El amplio círculo de sus relaciones y conocimientos no se ve nublado jamás. Por donde el ilustre pensador Starkie se asoma deja amigos sinceros. De todas las categorías. Pobres y ricos, correctos de indumentaria y an-drajosos y miserables. Son amigos suyos todos los que puedan propor-cionarle material emotivo. A veces una simple tonada escuchada bajo la luna, una zamba lasciva o un campamento gitano le hacen variar de pensamien-to y quedarse charlando, bajo la infinita libertad de los vientos, con algún miembro de la comunidad de cara vercosa.

Toda la gama policroma de las vitales inquietudes se muestra rotunda en el discurrir de las hojas del libro. La obsesión hispanista no le deja tran-quilo. Describe su viaje a través de Hungría y Rumanía y, como flores sa-lidas de la caja de su Stradivarius, dispara continuamente elogios y mencio-nes a España. A sus observaciones por Transilvania y la Puzsta siempre en-cuentra paralelismo en tierras españolas. Hemos tenido el capricho de aco-tar todas sus menciones; son muchísimas las que brindo al lector para una mayor exaltación del españolismo verdadero de Starkie.

La personalidad de este artista es realmente notable. Tan pletórica de



accidentes y de grandes como la de Gabriel D'Annunzio. Es preciso que sus libros todos sean íntegramente traducidos a nuestro idioma, siquiera por el amor que siente por nuestras cosas.

No resulta fácil del todo la pretensión de escribir algo sobre un libro cuando el autor del mismo es persona conocida y grata. Tal vez los vocablos encomiásticos que se hicieran de él en demasía fueron producto de un estado anímico excesivamente parcial. Es posible. Pero en el caso que nos ocupa sobre "Trotamundos y gitanos" todo encomio es ponderado y justo. Existe una poderosa razón, clara y eficaz, que da sustentación a nuestro criterio: Starkie pertenece a la generación de escritores que florecieron en la pasada Guerra Mundial. Hubo entonces innovaciones, gritos de rebeldía, formas inconcretas, demagogias artísticas y desprecios olímpicos. El naturalismo había sucumbido, y las cenizas vagorosas de un conceptismo a lo Zola sirvió para levantar las delicias y enfermizas formas de los estetas y simbolistas. Rousseau pintando en su Aduana; Mallarmé —tan exquisito— escribiendo sus versos. Y en esa atmósfera parisina, donde se revalorizaba a Claudio Debussy y se tomaba ajeno pensando en Verlaine y Juan Arturo Rimbaud; donde se admiraba a Picasso y eran aclamados Ida Rubinstein y los Pitoef, y las desdichas de Oscar Wilde entristecían, y la sombra de Moreas campaba por la Rotonda; cuando André Gide se arriesgaba en estúpidas elucubraciones intersexuales y los Bailes Rusos estaban de moda, fue entonces precisamente en esa época y bajo ese cálido hechizo, cuando surgió esplendorosa la generación de la guerra. De ahí viene Walter Starkie más joven que James Joyce, pero tan auténtico valor. Escritor que supo alimentar su cargado bagaje de útiles y preciosos conocimientos, proyectados, para gloria de Gran Betraña y del mundo, en la humanística influencia de los clásicos. Por ello, éste y sus demás libros poseen ese tono interesante de las cosas vividas, anecdóticas, salpicadas de humor, de gracia y de amenidad que son el conrazón y las células de los relatos.

Enviemos al profesor Walter Starkie nuestra enhorabuena por su libro y expresémosle el esperanzado deseo de ver pronto en las librerías de nuestra Patria el resto de su obra traducida a la gloriosa lengua de Cervantes.

